

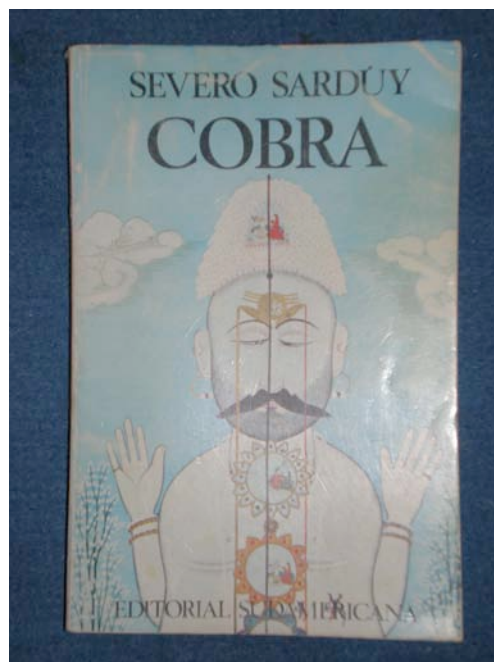
Memorialistas & Viajeros

Severo Sarduy: “Cobra”

Bartolomé Leal, desde Santiago

“Cobra”. ¿Qué hace un lector corriente cuando se enfrenta a una novela como ésta, que se puede calificar, con alguna impertinencia, de tránsito barroco? Anotemos que por barroco se entiende recargado, ornamentado, alambicado y otros epítetos denigratorios. Bueno, hay dos posibilidades para este hipotético lector corriente: o se sumerge en sus agitados y fluidos vericuetos lingüísticos, aprieta los dientes y goza (como en otras inmersiones que no hay necesidad de mencionar); o, como lo sugiere el propio Sarduy, “tarado lector: abandona esta novela y dedícate a leer las del boom, que son mucho más claras”. O sea, si usted se siente mareado con Sarduy, lea a Vargas Llosa, García Márquez, Benedetti y los demás campeones laureados de la buena prosa para todo público. Que “Cobra” repte para los masoquistas, los aventureros de los catálogos editoriales y los tráfugas de toda laya.

“Cobra” (1972) es por ventura un libro legendario, objeto de culto. Ganó en Francia un premio internacional de categoría, el Médicis. Su autor, el cubano Severo Sarduy, nació en Camagüey en 1937 y murió de sida en 1993, en París, la ciudad en que había decidido residir tras su abandono voluntario de la Cuba de los Castro, en 1960. Su título mismo es una metamorfosis de la palabra barroco; o más bien una anamorfosis, que para Sarduy es “una perversión de la perspectiva y de su código que es la vista de frente”. Así lo pone en un ensayo sobre el tema. El neobarroco americano es una creación de la literatura cubana, por obra de Lezama Lima y Carpentier, Cabrera Infante, Sarduy y Virgilio Piñera.



“Cobra” posee un argumento. Aún cuando la dificultad es mayor, se puede resumir así: la historia de un travesti, perteneciente al Teatro Lírico de Muñecas, donde las oficia de Reina. El lugar puede ser Barcelona o Ámsterdam. Su transformismo se ve dificultado por un problema insoluble, el tamaño de sus pies (“eran su infierno”). Para ello se somete a todo tipo de tratamientos, ayudado por la Señora (que cambia de nombre en casi cada página, es la Matrona, la Madre, la Buscona, la Decana) y el Instructor, el orfebre dérmico, un gurú indio priápico, luchador y contrabandista. Prepara a Cobra para su número: “Ensayo tintes en su propia cara, se alarga los ojos, para ser más oriental que natura; un rubí en la frente, sombra en los párpados, perfume, sí, se perfuma con Chanel Eustaquio y se desvanece, danzante, por el pasillo”. Finalmente se organiza un viaje a Oriente en busca de solución al transformismo incompleto de Cobra.

Cobra tiene una doble, la enana blanca Pup, llamada así por su tamaño y por su símil con ciertas estrellas relativamente pequeñas pero de altísima densidad. El Instructor, que la ha traído al mundo, dice a Cobra: “No es más que tu desperdicio, tu residuo grosero, lo que de ti se desprende informe, tu excremento”. Pup es una peste. Pup molesta. Pup escupe. Pup es asquerosa. Pup no para de hablar. Hay que reprimirla continuamente. Con ella y la Señora, Cobra se alía a un cuarteto de motoristas desenfrenados que obedecen a los nombres de Tundra, Escorpión, Tótem y Tigre. Forman una secta de lamas tibetanos viciosos. Su meta es viajar para estimularse en los templos europeos del desfogue. “Rememoraban el té rancio, el reflejo de las jarras de cobre en la nieve, la harina de cebada...”.

“Cobra” envenena las letras, las sílabas y las palabras. He aquí un fragmento: “Del pene brotan dos ríos –tu piel es un mapa:–: uno, impetuoso, asciende por el lado derecho del cuerpo, ronco, arrastrando arena –te cubro de yeso, con tinta negra y un pincel finísimo te dibujo, ascendiendo por el lado derecho, en un torrente que con mi respiración crece, engarzadas una en las otras, las consonantes;–; el otro, manso, claro, sube por el costado izquierdo, lentas espirales verdes, algas en los meandros, rumor de polen cayendo, transparencia –te dibujo las vocales”. Y agrega: “Semen retenido: sílabas que se anudan: ajorcas los tobillos, letras las rodillas, sonidos las muñecas, mantras el cuello”.

“Cobra” es un himno al travestismo como perturbación y subversión de la realidad. Pero en tanto proceso dramático, compulsivo, mortífero (en los últimos capítulos asistimos a los funerales de Cobra, que no ha cumplido su sueño del transformismo integral). Más allá de sus elementos lúdicos (el disfraz, el tatuaje, la máscara), o de su carácter de oficio artístico, el travestismo representa para Cobra un fin en sí, y para ello trastoca todo el universo que las palabras han creado. Su actitud es de una continua violencia contra el resto de la gente, vestida y no travestida; la única diferencia es la transexualidad, que en Cobra es motor. Busca la emasculación de sus protuberancias genitales, que la molestan y perturban. El Instructor lo hace en complicado ritual: “Ya eres, Cobra, como la imagen que tenías de ti”. Los resultados son funestos.

“Cobra” es también el travestismo cultural llevado al delirio. La búsqueda de asimilarse, desde Occidente, a las incomprensibles categorías de Oriente. El encuentro con un gurú da lugar a diálogos de incomunicación pura, rayanos en la necesidad: “Escorpión: ¿Qué tengo que hacer para librarme del ciclo de las reencarnaciones? El gurú: Aprender a respirar... Tigre: ¿Cuál es el camino más rápido para alcanzar la liberación? El gurú: No pensar en eso... Tótem: ¿Cómo eliminar la angustia? El gurú: Siéntese con las piernas cruzadas... Tundra: ¿Qué fórmula debo repetir para no reencarnar en un puerco? El gurú: Omnipresente es el blanco de la pureza celeste y la felicidad... La religión es sonido”.

Cobra transgrede y colapsa; el orden se lo cobra caro: “Con cascos metálicos que imitaban cabezas de lechuza, de águila filipina comedora de monos, un agente del orden se acercó a Cobra: Documentos... Drogas... Divisas... Detenido... Conocemos la afición del inculcado por el teatro pedagógico. No perdió un solo efecto: le entregó una flor, un Templo del Edén, un florín: se sacó el sexo y le orinó los pies. Sujetándolo por los hombros el policía lo arrinconó contra la pared. Le enterró en el cuello las garras. Con el pico de acero le perforó el cráneo”. No le queda sino someterse a los ritos del Libro Tibetano de los Muertos.

“Cobra” teoriza. Afirma Sarduy, severo: “La escritura es el arte de la elipsis... La escritura es el arte de la digresión... La escritura es el arte de recrear la realidad... La escritura es el arte de restituir la Historia... La escritura es el arte de descomponer un orden y de componer un desorden... La escritura es el arte del remiendo”.

“Cobra” pertenece a una trilogía compuesta también por las novelas Colibrí (1984) y Cocuyo (1990). Para lectores valientes (corrientes o no corrientes): a no perderse estas piezas fundamentales de una corriente a contracorriente de la narrativa latinoamericana. Quizá la más fértil. “Cobra: de tu ombligo surgirá la flor de loto y de ella el creador. Bailarás otra vez. Vuelve a dormirte”. Réquiem para un travesti.

